

# Ideal humanista de la paz en relatos de pacificación del cronista Fernández de Oviedo

## The Humanist Ideal of Peace in Pacification Accounts by the Chronicler Fernández de Oviedo

**Vanina María Teglia**

Instituto de Literatura Hispanoamericana  
Universidad de Buenos Aires  
ARGENTINA  
vaninategla@filo.uba.ar

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 2.2, 2014, pp. 127-139]  
Recibido: 18-09-2014 / Aceptado: 10-10-2014  
DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2014.02.02.09>

**Resumen.** Este artículo plantea que, para representar las primeras conquistas españolas en las Antillas, Gonzalo Fernández de Oviedo utiliza, en las mismas tramas de su *Historia General y Natural de las Indias*, ciertos documentos legales oficiales como modelos que orientan y estructuran la narración. Tales documentos son las ordenanzas del Rey y el *Requerimiento* de Palacios Rubios. Por esto, los parlamentos de los personajes y la descripción de sus acciones se ven marcados por los ideales del pensamiento humanista, renacentista y específicamente erasmista de principios del siglo XVI: la paz, el amor-amistad y los modelos de líderes prudentes y moderados, y, al mismo tiempo, por una función legitimadora del avance —en términos de pacificación— de la soberanía española en el Nuevo Mundo. Todo este complejo discursivo resulta finalmente en un relato plural, diverso, por momentos contradictorio, influido e influyente, pero —sobre todo— fundante de algunos de los discursos e imágenes utópico-imperiales proyectadas sobre América que la constituyeron.

**Palabras clave.** Gonzalo Fernández de Oviedo, crónicas de Indias, conquista de América, utopía imperial, erasmismo.

**Abstract.** This paper poses that, in order to represent the first Spanish conquests in the Antilles, Gonzalo Fernández de Oviedo, within his *Historia General y Natural de las Indias*, takes certain official legal documents as models to guide and structure his account. Such documents are the royal ordinances and Palacios

Rubios' *Requerimiento*. Consequently, the character's speech and actions are marked with the ideals of XVIth century humanist, Renaissance, and erasmist thought —peace, love-friendship and the model of the prudent, moderate leaders— while a speech which seeks to legitimize the Spanish rules in the New World —while presenting it in terms of «pacification»— is being simultaneously unfolded. This whole discursive compound results in a plural, diverse and at times contradictory account, influenced and influential, and, above all, founding of some of the Utopian-imperial speech and imagery that were projected over the Americas and that constituted it.

**Keywords.** Gonzalo Fernández de Oviedo, Chronicles of the Indies, Conquest of America, Imperial Utopia, Erasmism.

Existe una polémica entre los conocedores de la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo sobre si se lo puede considerar un humanista o no. Marcel Bataillon<sup>1</sup> y Stephanie Merrim<sup>2</sup> lo han tenido como tal por su rechazo a la literatura de ficción —la fábula—, que ocasionó que desestimara y borrara de su producción conocida su propia novela de caballerías, el *Claribalte*. Desde otro lugar, Isaías Lerner<sup>3</sup> y Daymond Turner<sup>4</sup> se han referido al humanismo de Oviedo a partir de que, entre sus lecturas autodidactas, se hallan varios textos de humanistas como Erasmo de Rotterdam, Antonio de Nebrija, Pedro Mexía y Juan Luis Vives. Giuliano Soria<sup>5</sup> llega a esta misma conclusión al relevar referencias del cronista a concepciones universalistas de la cultura y del mundo al modo de los humanistas. Antonello Gerbi<sup>6</sup> y Karl Kohut<sup>7</sup>, en un punto intermedio, han demostrado que las convicciones ideológicas de Oviedo son más bien medievales, aunque esté perfectamente imbuido de la erudición humanista. También se ha discutido si nuestro autor procedía con el método filológico propio de estos eruditos. Al respecto, algunos críticos<sup>8</sup> concluyen que su obra carece de este tipo de análisis. Merrim<sup>9</sup> y Soria<sup>10</sup> aseguran que su valoración de la experiencia personal a la hora de redactar los hechos de la *Historia* es un signo indiscutible de que se asumía como historiador humanista. Finalmente, del estudio de Jesús Carrillo Castillo<sup>11</sup>, se desprende que las vertientes del humanismo que han influido la obra de Oviedo son amplias y muy diversas. Así, se detiene en cómo las pretensiones de verosimilitud, transparencia y necesidad de connotaciones morales propias del arte pictórico humanista fueron modelando

1. Bataillon, 1950.

2. Merrim, 1984.

3. Lerner, 1993.

4. Turner, 1971.

5. Soria, 1989.

6. Gerbi, 1978.

7. Kohut, 1992.

8. Gerbi, 1978 y Kohut, 1992.

9. Merrim, 1984.

10. Soria, 1989.

11. Carrillo Castillo, 2004.

las concepciones historiográficas del cronista oficial de la Corona a través de sus lecturas de revalorización de la tradición clásica, pasando por San Agustín, Patrizi y hasta Leonardo Da Vinci.

Frente a esto, intentaremos demostrar nuestra hipótesis de que Oviedo representa —en la Primera Parte de su *Historia*, publicada en 1535— ciertos hechos de la conquista española de las Antillas sirviéndose de los modelos de pacificación esbozados en algunos textos oficiales de la Corona. Es decir, interpreta y escenifica la realidad histórica recurriendo a los términos y a algunos de los valores humanistas contenidos en textos como el *Requerimiento* de Juan López de Palacios Rubios, enviado a las Indias en 1514, y a algunas disposiciones del rey, transcritas por Oviedo. En particular, hallamos, en ciertas modalidades narrativas, la bipartición estructural propia del *Requerimiento*: en primer lugar, la expresión de un deseo de conciliación sujeto a la condición de que el «pueblo bárbaro» acepte los relatos fundacionales del Imperio. En segundo lugar y por contrario, una amenaza de invasión, disposición garante de lo primero. Proponemos que, para aquellos primeros deseos de conciliación, el cronista oficial interpreta ciertos episodios de la *Historia* apoyado en algunos de los principios del pensamiento humanista y —más específicamente— erasmista, tales como los consensuados ideales de paz y armonía entre los reinos, cuestiones atendidas usualmente por los humanistas de principios del XVI. Sin embargo, respecto de este tema, su relato también asume una inflexión específica: «el amor y la caridad» a los que se refiere el *Requerimiento* son interpretados con los tópicos clásicos propios de la literatura pastoril, también presentes en la literatura de caballerías. En cuanto a resultados políticos esperados, sostenemos que Oviedo se aviene a los anhelos de pacificación jerarquizadora y sometedora colonialistas expresados en el *Requerimiento*. De esta manera, aquí, también retoma otra vertiente humanista que celebraba la expansión imperial del Cristianismo, lo que traducía el ideal de la paz anhelada, en términos de pacificación justificadora del avance de la conquista. El cronista, así, adapta ideales, tópicos, tradiciones y utopías imperiales a sus propósitos de legitimación del sistema de encomiendas y trabajos forzosos de los indios en las minas, de reforma de algunas pocas cuestiones referidas a las guerras de conquista y de consolidación de la soberanía del imperio español sobre las Indias.

Metodológicamente, para avanzar en todos estos sentidos y para iluminar ciertas zonas del texto y de su densidad semántica, nos parece necesario considerar —básicamente desde los postulados de los Estudios Literarios Coloniales— la figura del autor en dos sentidos: como sujeto que recibe un discurso determinante, por un lado, y como enunciador controlador-redactor-manipulador de los hechos históricos narrados, por el otro. Vale decir, el análisis de las hipótesis que demostraremos derivarán de la alternancia de estas dos perspectivas complementarias. Por un lado, consideraremos al autor y a su escritura como el producto de ciertas circunstancias determinantes específicas de producción discursiva: históricas, legales y de contexto filosófico e historiográfico-literario. Para ello, se observarán tópicos, elementos de tradiciones diversas, vínculos con textos legales, como el del *Requerimiento*, entre otros. Por otro lado, consideraremos al mismo autor y a su escritura como elementos influyentes, creadores y fijadores de una memoria de

la historia américo-española en la Antillas; en suma, como constructores de una realidad inmediata. Para ello, nos detendremos particularmente en procedimientos, elecciones y decisiones que guiaron la escritura y observaremos, también, el diseño de una trama ideal y utópica anhelada para la conquista. Esta alternancia de perspectivas sobre la escritura nos desvelará la complejidad semántica, retórica, historiográfica, filosófico-política y narrativa de ciertos aspectos de una crónica oficial de Indias en el siglo XVI.

Es sabido que los humanistas españoles (y, del mismo modo, los teólogos escolásticos) se mostraron particularmente interesados en la problemática de la guerra, la violencia y la paz, lo que en parte se debe al protagonismo, en el siglo XVI, de su reino tanto en Europa como fuera de él<sup>12</sup>. Estas reflexiones, por otra parte, se insertan en un contexto más amplio de pensamiento europeo en donde Erasmo de Rotterdam tiene un papel destacado. Fernández de Oviedo no escapa a estas cuestiones y, por esto, Erasmo aparece entre los autores que declara haber leído. La biblioteca del historiador comprobadamente contaba con: algunos de los *Coloquios* erasmianos, la *Lengua* y la *Institutio Principis Christiani* en latín. Oviedo cita esta última obra, por ejemplo, en sus *Quinquagenas de la nobleza española*, para dar cuenta de ciertos ideales y contra-ideales expuestos allí: «Dice aquel famoso e gran doctor Desiderio Erasmo, en aquel dulce tratado suyo intitulado *De la institución del príncipe cristiano* que son infinitas cosas las que pueden remover los ánimos de los príncipes de lo justo e honesto»<sup>13</sup>. De esta manera, se observa la consulta atenta de Oviedo específicamente de este espejo de príncipe erasmiano respecto de los ideales (la justicia y la honestidad o moderación) a los que debería atender el príncipe o gobernante. Este «dulce tratado»<sup>14</sup> dedicado al joven Carlos V es un texto didáctico de Erasmo que describe detalladamente un gobierno ideal, modelo de estado imaginado por el autor, futuro posible proyectado sobre alguno de los reinos europeos<sup>15</sup>. Como es sabido, los espejos de príncipe cursan paralelo con la extensa tradición del género de las utopías<sup>16</sup>.

12. Véase, por ejemplo, Karl Kohut, 2008, p. 37.

13. Citado de las *Quinquagenas* de Fernández de Oviedo en selección de Juan Bautista de Avalle-Arce, 2004, p. 12.

14. El *Tesoro* de Covarrubias vincula lo «dulce» con la benignidad estatal, la suavidad y la misericordia por parte del poder real, en oposición a las actitudes de severidad, rigor y aspereza.

15. Erasmo, autor de la *Institutio Principis Christiani*, tuvo anhelos evidentemente similares a Tomás Moro, autor de *Utopía*. Ambos expresaron el deseo de escribir juntos una novela marcada por el pensamiento utópico, la que provisionalmente llamaron: *Nostra nunquam insula*. A raíz de este proyecto inicial, Moro publicó pocos años después en latín su obra más famosa en 1515 y Erasmo sacó a la luz la *Institutio* en 1516 en el mismo idioma. Si bien la *Institutio* no es estrictamente una obra de ficción, podemos hallar en ella también rasgos de la escritura de las utopías: la proyección de una esperanza basada en la mejora o el perfeccionamiento de lo que existe en el presente de la enunciación —las malas leyes y costumbres, la situación del pueblo humilde, las ciudades en malas condiciones y sus instituciones. En el plano gramatical, es constante el tiempo futuro de las frases, que en español pueden traducirse a través de la expresión de futuro: «ha de + infinitivo».

16. Frank E. Manuel clasifica a los espejos de príncipe bajo la rúbrica de «utopías»: «No es la forma literaria lo que establece el universo del discurso sino el intento de evocar una visión de la vida del hombre en un paraíso terrenal que sería radicalmente distinto del orden existente y que pretendería

Tanto Oviedo como Erasmo confían en la posibilidad utópica de alcanzar la paz. Ambos escritores —el primero, quizás, influido por el segundo— proponen modelos de convivencia ideales de los reinos cristianos y cristianizados. Reconocen el poder supremo e indiscutible del emperador Carlos V (príncipe para Erasmo) quien, por «el bien de todos», buscaría la paz para los pueblos. Tanto Erasmo como Oviedo rechazan la guerra y la consideran una manifestación diabólica desde todo punto de vista. El modelo, finalmente, es siempre el encarnado por la *Vida de Cristo*; por esto, idealmente los gobernantes deberían apelar a todas las instancias posibles a su alcance antes de recurrir a la guerra. La *Philosophia Christi* rige los valores y los desvalores tales como la ambición, la codicia, la necesidad y el egoísmo.

Sin embargo, no se encuentran sólo similitudes entre los deseos del cronista de Indias y los del pensador humanista. Mientras Erasmo reflexiona acerca de la paz y la convivencia armónica de los reinos cristianos de Europa<sup>17</sup>, Oviedo sólo asume los lugares comunes del humanismo: espera el buen gobierno y la pacífica convivencia de los reinos sometidos a los castellanos «auténticamente» cristianos, y contempla, a las comunidades indígenas del Nuevo Mundo, como susceptibles de ser sometidas al Imperio de Carlos V. Luego, será importante señalar que la paz, en este cronista, es interpretada como resultado de una «pacificación» previa, en el sentido de «control» de los pueblos enfrentados, rebeldes o ajenos al imperio. Por esto, el concepto de «paz» muchas veces adquiere, en la *Historia General y Natural de las Indias*, los matices cercanos a «conquista» y «sometimiento». Ésta es, sin embargo, otra vertiente generalizada del pensamiento humanista, que celebra la expansión del cristianismo en manos de la expansión imperial de una monarquía católica.

Una de las figuras ejemplares más importantes que Erasmo expone en la *Institutio* es el del príncipe virtuoso prudente, sabio, con gran experiencia y verdadero honor. Para comparar este modelo con algunos implicados en la obra de Fernández de Oviedo, quiero analizar un episodio de la Primera Parte de la *Historia General*. El autor imprime un tono optimista a esta parte de su obra y, por esto, encontramos en ella mayor cantidad de imágenes representadas utópicamente y hechos que alcanzan una armonía ideal que en la Segunda parte y en la Tercera<sup>18</sup>. Particularmente, en la primera sección dentro de su *Historia*, Fernández de Oviedo narra, entre otros, el muy popular episodio de sometimiento y pacificación de la rebelión del cacique Enriquillo (en el Libro V) a partir del sentimiento del amor fraterno entre indios y españoles. El capitán español Francisco de Barrionuevo será, en esta oportunidad, el modelo de virtud, moderación y prudencia.

La historia de Enrique es bastante conocida entre los episodios de conquista del Caribe insular. Era indio de la isla Española, bautizado cristiano, sabía leer y escri-

hacer a sus habitantes más felices, en algún aspecto significativo de esta ambigua, aunque inevitable, palabra» (Manuel, 1982, p. 104).

17. Los grandes pensadores del humanismo han sido, en general, indiferentes al acontecimiento de la conquista americana.

18. Sobre el optimismo celebratorio de la expansión del Imperio de los primeros libros de la *Historia General* y sobre el pesimismo semi-misántropo de los últimos, véase el estudio de Jesús Carrillo Castillo, 2004.

bir la lengua castellana. Fue criado y adoctrinado por frailes franciscanos y, según Oviedo, había mostrado desde un principio que sería católico y perseveraría en la fe de Cristo. Mientras servía a Diego Colón, almirante, fue apresado aparentemente de manera injusta por Pedro de Vadillo, juez de «poca prudencia», cuando fue a denunciar a un cristiano. Por el relato de fray Bartolomé de Las Casas, sabemos que aquel al que Enriquillo quería acusar era Andrés de Valenzuela. Según Oviedo, el indio «sentía celos» del español o se enteró que «tenía que hacer» con su propia mujer. Por estas injusticias, al tiempo de ser liberado, el cacique se declaró en rebelión y alzamiento. En 1519, se fue con todos los indios que pudo recoger, a los que luego se les juntaron algunos negros «de los cuales hay tantos en la isla, a causa destos ingenios de azúcar, que parece esta tierra una efigie o imagen de la misma Etiopía»<sup>19</sup>. Su guerra duró más de trece años y costó mucho dinero a la Corona, la que, durante todo ese tiempo, estuvo enviando armadas «para sofocar y castigar al cacique Enriquillo y a los indios cimarrones que se le han unido»<sup>20</sup>. Vadillo, con el tiempo, pagó su culpa con un naufragio en el río Guadalquivir en el que muchos se ahogaron y gran cantidad de riquezas se perdieron, «porque Dios tiene cargo de punir e castigar lo que los jueces del suelo disimulan y no castigan»<sup>21</sup>.

Visto todo lo que había sucedido con don Enrique, el Rey mandó:

que de su parte se le diese seguro a este Enrique e a los otros indios que con él estaban rebelados, para que, reduciéndose él y ellos a su real servicio, fuese perdonado y bien tratado; e no queriendo venir a su obediencia por bien de paz, le fuese fecha la guerra a fuego e a sangre, muy en forma, de manera que no faltase el castigo a proporción de sus méritos<sup>22</sup>.

Para este encargo se necesitaría, según Oviedo, a un hombre de prudencia y «reconocida virtud» que requiriera al cacique. Se llamó entonces a Francisco de Barrionuevo, español vecino de la ciudad de Santo Domingo, para que convenciese a Enrique, hombre «apercibido y de guerra». Este capitán decidió «valientemente» atravesar el monte o sabana con un pequeño grupo de hombres hasta encontrar al cacique. Tuvo que exhortar a sus soldados como «animoso caballero»: «no será bien que se conozca temor en ninguno de vosotros, pues que sois hidalgos e personas experimentadas en mayores peligros»<sup>23</sup>. En estas palabras ficticias puestas en boca de Barrionuevo, es posible reconstruir la caracterización ideal del capitán como arriesgado —«animoso caballero»— y la de sus hombres como nobles de linaje y experiencia, aunque no tanta como tenía él mismo. Tardó el cacique en permitir que estos españoles se le acercaran, por temor o recelo de que quisieran engañarlo o prenderlo. Pero el capitán le mandó a decir que mirase que «no había razón para que temiese», pues veía cómo él había llegado allí con aquellos pocos cristianos que con él estaban. «E así, como se vieron [Enriquillo y Barrionuevo], fue

19. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 125.

20. Así lo atestiguan algunos documentos del Archivo General de Indias: Indiferente, 737, N.25/737, N.27/737, N. 26. Ver PARES (Portal de Archivos Españoles).

21. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 126.

22. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 125.

23. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 129.

el uno para el otro e se abrazaron con mucho placer, e asidos de las manos, se fueron a sentar [...] sobre una manta de algodón tendida debajo de un árbol grande de buena sombra»<sup>24</sup>.

Luego, el capitán requiere al cacique con un largo parlamento que reproducimos sólo en parte:

«Enrique: [...] os digo e certifico que si agora no venís de corazón y de obra a conocer vuestra culpa y a obedeser a su Majestad, perdonádoos como os perdona, que permitirá Dios que os perdáis presto, porque la soberbia os traerá a la muerte. Y quiero que sepáis que la guerra no se os hará como hasta aquí se os ha fecho en el tiempo pasado; ni os podréis esconder, aunque fuédeses un corí o un pequeño gusano de debajo de la tierra [...]. Si amáredes vuestra vida e la de los vuestros, amaréis el real servicio e la paz que os ofrece Su Majestad, libraréis vuestra ánima e las de muchos. [...] E su Majestad terná memoria de vos para hacer os mercedes e yo, en su nombre, os daré todo lo que hobiéredes menester; y os otorgaré la paz e seguro»<sup>25</sup>.

Enrique respondió con otro parlamento:

«Yo no deseaba otra cosa que la paz [...] si hasta agora no he venido en ello, ha seído la causa de las burlas que me han hecho los cristianos, e de la poca verdad que me han guardado» [...]. E se volvió a Barrionuevo, donde estaba, e se dio asiento e conclusión en la paz, e hablaron en muchas cosas concernientes a ella. Y el cacique Enrique prometió de la guardar siempre inviolablemente»<sup>26</sup>.

Por último, como muestra de su cariño y fidelidad al emperador, el cacique promete atrapar a los negros que andaban «alzados».

Todo el episodio se encuentra relatado en los capítulos cuatro a ocho del Libro quinto. Los parlamentos de carácter oficial —mayor el de Barrionuevo y más breve el de Enrique— otorgan un relieve teatral a la escena. Enrique se muestra protector con sus vasallos y también fiel a la Corona española. Todo en la escena está dispuesto, en verdad, como concreción ideal de la pacificación propuesta y deseada en la ordenanza del Rey y en el texto del *Requerimiento*. Las palabras del personaje del capitán, por ejemplo, son muy similares a las expresadas en estos documentos. Sin embargo, aquí, estas intenciones sufren una traducción audaz que enfatiza los términos amorosos y misericordiosos. Al mismo tiempo, también se acentúan algunos conceptos desvalorizantes sugeridos en el «los haremos esclavos» del *Requerimiento*. En Oviedo: «no os podréis esconder, aunque fuédeses un corí o un pequeño gusano de debajo de la tierra». El cronista nunca rechazó nada del contenido explicado en aquel texto. Sólo combatió, a lo largo de su vida y obra, la forma en que era leído a los indios. En muchas ocasiones, los nativos no comprendían la lengua española y tampoco se buscaba traductor; en otras, la lectura se hacía a mucha distancia de las comunidades indígenas a las que indefectiblemente se les

24. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 129.

25. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, pp. 130-131.

26. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, pp. 130-131.

haría la guerra. En la mayoría de las oportunidades, la lectura era meramente una formalidad. Por esto, el episodio de la pacificación de Enriquillo constituye, para el autor de la *Historia General*, una oportunidad para representar la escena ideal de sometimiento a vasallaje: el cacique había sido criado entre españoles y, por lo tanto, conocía su lengua y todo lo que Barrionuevo declara, tanto las cuestiones religiosas como políticas.

Oviedo se detiene casi exclusivamente en el relato de la pacificación final y elide la descripción de los combates previos. Todos los enfrentamientos y agravios con el cacique se resuelven narrativamente en una imagen con las características de un *locus amoenus*. Como si se tratara de un episodio de conciliación amorosa de la pastoral, Barrionuevo y Enrique se abrazan y se dirigen hacia el paraje ameno: pacífico y «pacificado», sobre una manta cómoda en medio de la naturaleza representada por el gran árbol y el clima deleitable. Faltaría nada más un río o arroyo a los pies del árbol. En su lugar, una ensenada o laguna que era necesario cruzar para llegar hasta el refugio de Enrique y sus indios aporta el elemento hídrico. La «paz», incluso, es entendida en términos de reconciliación «amorosa» de una amistad entre españoles e indios que se había quebrado por la acción poco virtuosa de algunos españoles encomenderos. El breve parlamento de Enriquillo justamente proclama que había sido roto el amor que los delegados del rey le debían a él como vasallo. Por esto, la reconciliación necesariamente también debía ser amorosa al tiempo que restituía las jerarquías. Francisco de Vitoria y, con él, la Escuela salmantina, que sustentaban en sus teorías gran parte del pensamiento de la época respecto de las guerras de Conquista, entendían las relaciones entre españoles e indios en términos de amistad y de amor. Para ellos, si los indios se negaban a recibir a los españoles, se quebraba la ley natural que ordenaba «Amarás a tu prójimo». La necesidad de sujeción a esta ley era indiscutible, por esto mismo, la libertad no podía pensarse fuera de las relaciones jerárquicas a las que ella obligaba. La rebelión, por su parte, para el pensamiento de Oviedo implícito en los parlamentos del episodio, no se ve asociada a la libertad y al amor fraterno. La rebelión sólo lleva a los indios a una situación de constante asechanza y amenaza. Por otra parte, Barrionuevo se dirige a Enriquillo individualmente y no como señor de sus indios rebeldes. La conquista ideal en las Indias para Oviedo es pensada como «negocio» (este es el término utilizado en el *Requerimiento*)<sup>27</sup> entre capitanes esforzados españoles y capitanes indios abnegados y amenazados individualmente. El amor es interpretado como vasallaje, única opción respetuosa del amor, la paz, la seguridad y la libertad.

Frente a la descripción de esta conciliación modélica entre indios y españoles, poco se dice en Oviedo acerca de los trece años de enfrentamientos. Los pensadores del humanismo alentaban la doctrina del pacifismo radical, cuyo fin lógico era la utopía cristiana de realización en la tierra de los preceptos del Cristianismo. Para la primera mitad del siglo XVI, Juan Luis Vives, reconocido erasmista español, aconsejaba en su *Retórica*: «[en la Historia] las guerras debieran narrarse como

27. En el *Tesoro* de Sebastián de Covarrubias, «negocio» tiene el sentido de «ocupación de cosa particular, que obliga al hombre a poner en ella alguna solicitud».

los latrocinios: brevemente, con desnudez y sin ningún elogio añadido, sino, más bien, con rechazo»<sup>28</sup>. Oviedo, siguiendo en gran medida esta preceptiva, destina poca extensión al relato de batallas. Se detiene, de esta forma, en «los hombres de honra», arriesgados como Barrionuevo, y en sus hazañas pacificadoras al servicio de la Corona española: «si se callase la forma de cómo pasó, también se callaría el servicio que algunos hombres de honra en ello hicieron»<sup>29</sup>. Su relato —sobre todo en la Primera Parte de la *Historia General*— aporta, a los lectores, modelos de mayor prudencia y buenas costumbres desarrollados en la figuración de los personajes de los relatos de conquista.

El último capítulo del episodio de la rebelión del cacique Enrique, en su totalidad, es la reflexión moral del escritor sobre lo acontecido entre el capitán y el cacique, reflexión que intenta ser más «educativa» de lo que sería una descripción de ejércitos y batallas, «cosas que sería mejor no conocer». Es decir, la verdad de la Historia —la «fidelidad» que debe cumplir el escritor— para el pensamiento y formación de Oviedo se relaciona con la interpretación moral de los hechos y ésta, con la exposición de los hombres que son modelos de conquistadores y gobernadores. La digresión aquí se utiliza para iniciar una reflexión sobre los aspectos morales de los personajes y los sucesos. Oviedo, en consonancia con su verbosidad, responde a este precepto de la amplificación textual para la enseñanza moral y el «sermonear» con intención normativa. Las reflexiones que hallamos en el capítulo ocho del libro quinto de la *Historia* son como la siguiente:

Por manera que bien mostró este capitán, Francisco de Barrionuevo, ser numantino e de buena casta, y tener la experiencia que convenía para acabar este negocio tan sabia e prudentemente como se acabó por su persona y esfuerzo: porque, como he dicho de suso, otro se volviera del camino cuando vio que los que con él iban, murmuraban e se arrepentían de la jornada que hacían. Pero él, como varón de buen ánimo e prudente, dio en su empresa el fin que he dicho<sup>30</sup>.

En la *Institutio principis christianis*, Erasmo valora cualidades similares a las enumeradas por Oviedo. El príncipe cristiano debe mantenerse incólume, mostrar dominio de sí y, más aún, no debe ser alterado por ningún contratiempo. Así, por ejemplo, aconseja: «conviene que el príncipe se mantenga lo más limpio de estulticia, en caso de que alguna calamidad asole al pueblo»<sup>31</sup>. De este modo, una de las características que Oviedo más valora del capitán Barrionuevo es su prudencia y subraya que fue el único español que en trece años pudo doblegar al cacique Enrique, tan sólo atreviéndosele valientemente, cruzando la sabana desconocida y hablándole virtuosa y persuasivamente<sup>32</sup>.

28. Vives, *El arte retórica*, p. 239.

29. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 98.

30. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 134.

31. Erasmo, *Educación del príncipe cristiano*, p. 61.

32. Stephanie Merrim, 1984, quien atribuye gran influencia del erasmismo en Oviedo —con tradición en las concepciones historiográficas de Tucídides y Cicerón—, particularmente se detiene en la función didáctica de las «biografías heroicas» dentro del texto histórico, que se prestan más fácilmente a la alabanza o a la censura.

Del mismo modo, el modelo de príncipe sabio que propone Erasmo —de base platónica— es el que se inclina por la razón antes que por la pasión, y por esto medita sus decisiones<sup>33</sup>. El conquistador o, más precisamente, el «pacificador» al que adhiere Oviedo es el que reflexiona antes de actuar. Si bien estos valores pertenecen a la tradición del caballero medieval, los que, además, tienen su origen en el principio de la razón platónica, el modelo también se ve conformado y adoptado por los ideales humanistas y erasmistas de gran circulación en la España de primera mitad del siglo XVI. Los anti-modelos, como Pedro de Vadillo, reciben un castigo «merecido», el naufragio en este caso. Tanto Erasmo como Oviedo critican las actitudes imprudentes de los tiranos, que en el fondo quieren ser llamados dios y señores del mundo<sup>34</sup>. Oviedo, más aún, llama tiranos a los que pretenden usurpar el poder del Rey.

Otra característica que acercaría la figura ejemplar de Barrionuevo en la *Historia General* al príncipe erasmiano es el conocimiento del lugar en el que va a actuar: «lo primero que debe enseñarse al príncipe es que conozca los territorios que caen bajo su jurisdicción [...] por la Geografía, por la Historia y por el frecuente recorrido de sus regiones»<sup>35</sup>. Esto aconsejaba a Carlos V, el rey que, habiendo nacido en los Países Bajos, debía gobernar los territorios de su imperio a mucha distancia de ellos. Justamente, es esto lo que también valora Oviedo en Barrionuevo:

Y como todas estas cosas había probado este capitán desde que fue mancebo e soldado en la conquista de la isla de Sanct Joan (alias Boriquén), y en la Tierra Firme, al Septentrión, en la Florida, e otras partes, supo darse maña para lo que está dicho. Sin duda yo creo que si a ello fuera uno que de España viniera [a las Indias], nunca la paz [con don Enrique] se concluyera<sup>36</sup>.

En este fragmento, la proliferación de los topónimos y de las coordenadas geográficas tiene la función de demostrar que el capitán recorrió extensa, detallada y verificablemente las Indias y que posee gran experiencia en la guerra. De hecho, las precisiones «desde que fue mancebo e soldado en la conquista» y «en la Tierra Firme, al Septentrión» son, en verdad, agregados posteriores que no aparecen en la edición de 1535 de la *Historia General*; con esto, su autor buscó posteriormente intensificar el efecto de verosimilitud y la imagen de capitán experimentado y conocedor. Utilizando la primera persona, inserta una digresión con función didáctico-moral. Así, Barrionuevo ha triunfado en el concierto de la paz porque, a diferencia

33. En relación con el tema, Erasmo, en la *Institutio principis christianis*, evoca y traduce a Julio Pólux: «[el rey debe ser] libre, desdeñoso del dinero, no sometido a pasiones, gobernador de sí mismo, que está por encima de los placeres, que usa de la razón, agudo de juicio, perspicaz, circunspecto, de consejo valioso, justo, sobrio, preocupado de las cosas divinas, cuidadoso de los negocios humanos, estable, firme, infalible [...], lento para el castigo, seguro, constante, inflexible, proclive a la justicia» (Erasmo, *Educación del príncipe cristiano*, p. 55).

34. En el capítulo I de la *Institutio*, Erasmo elabora una pequeña lista de tiranos del pasado: Falaris, Mecencio, Dionisio el Siracusano, Nerón, Calígula, Domiciano, «quien habría querido ser llamado dios y señor», Erasmo, *Educación del príncipe cristiano*, p. 42.

35. Erasmo, *Educación del príncipe cristiano*, p. 101.

36. Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, vol. I, p. 134.

de un recién llegado, ya ha probado «desde mancebo» la braveza de «las montañas ásperas de las Antillas», «las diferencias de los aires y vapores», y «el temple de la tierra», «las frutas salvajes o no conocidas ni conformes a sus estómagos», etc. Además, el pedido erasmista de que el príncipe «conozca los territorios que caen bajo su jurisdicción» toma un cariz medieval: como buen caballero, Barrionuevo ha «superado» las pruebas que el terreno duro y extraño de las Indias le ha puesto frente a sí para destacarse en valentía y virtud frente a los demás<sup>37</sup>.

Sin embargo, haciendo a un lado los propósitos más evidentes del autor del texto y quizás desde la perspectiva de un lector de hoy, Barrionuevo se nos aparece con un perfil muy diferente. Se vuelve evidente la manipulación escrituraria de los episodios históricos por parte de Oviedo. El capitán pacificador del Baoruco es tan arriesgado y hasta necio como el personaje del Ulises que Dante sitúa en la octava fosa del octavo círculo infernal, en donde se encuentran los consejeros fraudulentos. Observemos con detenimiento las acciones de Barrionuevo: se aventura por montes salvajes y cerrados para encontrarse con un cacique que hace trece años está en rebelión con los españoles y que no pudo ser vencido en ninguna ocasión. Entre ellos, también hay etnias muy resentidas, como algunos negros esclavizados en los ingenios de azúcar. Se acerca solo y arriesga también a un grupo de españoles que no desea la aventura, por lo que, en el camino, tiene que arengarlos, según el relato de Oviedo, apelando a su hidalguía. A medida que se aproxima, los indios le van dando indicios de que no es bienvenido por don Enrique ni por su gente<sup>38</sup>. Sin embargo, Barrionuevo continúa seguro aferrado a su valentía y astucia. Si bien conoce previamente algunos terrenos de las Antillas, no tiene experiencia específica en el Barouco, donde se ha escondido el cacique, ni se menciona que se haya hecho de buenos intérpretes que colaboraran con la conquista. De todo esto, resultan inverosímiles las reacciones inmediatas de ambos jefes cuando se encuentran, según lo relatado. La inverosimilitud del pasaje es producto de observaciones contradictorias o que se desdican si son consideradas desde los valores de la prudencia y la táctica. Esta situación es la más clara evidencia de que Oviedo ve la Historia de las Indias a través de los contextos legales, filosóficos y literarios de su época, pero que estas transformaciones consisten en una escenificación precaria, llevada adelante por medio de una interpretación no del todo coherente ni del todo adecuada. La realidad desborda los esquemas o, en sí mismos, son inconsistentemente ideales e inalcanzables.

En este punto, es necesario retomar algunas hipótesis y analizar sus inflexiones particulares y específicas. Es claro que los episodios de conquista interpretados por Fernández de Oviedo intentan ser —en la medida de lo posible— una escenificación ideal de la bipartición conciliación/amenaza expresada y solicitada en el texto del *Requerimiento*. Sin embargo, en el camino, el pensamiento humanista-erasmista de la época influye hondamente en la interpretación de Oviedo acerca de

37. A manera de aclaración, hemos observado que esto no está en Erasmo.

38. Aquí, quizás Oviedo siga el modelo de la conquista de México, en la que Cortés y sus hombres no eran bienvenidos por el pueblo mexica y Moctezuma les enviaba continuos indicios de que se alejaran de Tenochtitlán.

cómo debe ser la conciliación requerida. En este sentido, juegan un papel importante los ideales de paz y armonía definidos. Del mismo modo y con esta orientación humanista, se impone, sobre esta interpretación de la legalidad de la Conquista, la figura del príncipe virtuoso, noble y valiente (en el que resuenan algunos ecos medievales), que sirve de modelo a capitanes, adelantados y conquistadores. En segunda instancia, se recluye idealmente al ámbito de las palabras la amenaza de destrucción, aparece mencionada en un parlamento elocuente y tranquilo del capitán Barrionuevo y transformada en cambio en desvalorización —de palabra— arrojada sobre el indio Enriquillo. Esta amenaza es opacada, además, por la imagen de unión amorosa de las culturas, representada en el deseo de amor de los capitanes, que implica el concepto de amistad desigual en la que triunfa la soberanía del imperio. De esta manera, en la superficie de la escritura de Oviedo, la pacificación es interpretada en términos de paz entre los reinos. Al contrario, a nivel de la trama del relato, la paz es traducida como pacificación. Esta característica de su *Historia*, de ser una interpretación de la conquista como crónica de escenas que culminan en la «paz» —pacificación en las acciones— y en imágenes de la armonía utópica deseada por Europa y por los propios humanistas del siglo XVI, es constitutiva de su obra. Ésta representa, en realidad, una de las varias facetas de lo que fue la utopía imperial en el Nuevo Mundo, acorde con las variables diversas y extendidas del humanismo, tanto en sus ideales de paz como en sus anhelos de pacificación forzada.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Bataillon, Marcel, *Erasmus y España, Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, trad. de Antonio Alatorre, México, FCE, 1950.
- Carrillo Castillo, Jesús, *Naturaleza e imperio. La representación del mundo natural en la «Historia General y Natural de las Indias» de Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, Ediciones Doce Calles/Fundación Carolina, 2004.
- Covarrubias, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2006.
- Erasmus de Rotterdam, *Educación del príncipe cristiano*, estudio preliminar de Pedro Jiménez Guijarro, trad. de Pedro Jiménez Guijarro y Ana Martín, Madrid, Tecnos, 2007.
- Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias*, México, FCE, 1978.
- Kohut, Karl, «Fernández de Oviedo, historiador y literato: humanismo, cristianismo e hidalguía», en Ysla Campbell (coord.), *Historia y ficción: crónicas de América*, Ciudad Juárez, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992, pp. 43-104.
- Kohut, Karl, «Guerra, guerra justa y conquista en el pensamiento de los humanistas y escolásticos españoles», en Ambrosio Velasco Gómez (coord.), *Significa-*

*ción política y cultural del humanismo iberoamericano en la época colonial*, México, UNAM y Plaza y Valdés, 2008, pp. 35-85.

Lerner, Isaías, «La visión humanística de América: Gonzalo Fernández de Oviedo», en Luis Martínez Cuitiño y Elida Lois (coords.), *III Congreso Argentino de Hispanistas. España en América y América en España*, Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas, vol. I, 1993, pp. 183-207.

Manuel, Frank, «Hacia una historia psicológica de las utopías», en Frank Manuel (comp.), *Utopías y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, pp. 103-135.

Merrim, Stephanie, «"Un mare magno e occulto": anatomy of Fernández de Oviedo's *Historia General y Natural de las Indias*», *Revista de Estudios Hispánicos*, 11, 1984, pp. 101-120.

Oviedo, Gonzalo Fernández de, *Historia General y Natural de las Indias*, ed. de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Atlas, Biblioteca de Autores Españoles, 1959, 5 vols.

Oviedo, Gonzalo Fernández de, *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, [Antología de *Quinquagenas de la nobleza española* editada por Juan Bautista Avalle-Arce], North Carolina, Department of Romance Languages, University of North Carolina, 1974, 2 vols.

Palacios Rubios, Juan López de, *Requerimiento* o *El requerimiento que se mandó a hacer a los indios*, tomado de capítulo VII del Libro XXIX de la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, edición de Juan Pérez de Tudela, Atlas, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1959 [1512].

Soria, Giuliano, *Fernández de Oviedo e il problema dell'indio*, Roma, Bulzoni, 1989.

Turner, Daymond, «Los libros del Alcaide: la biblioteca de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés», *Revista de Indias*, 125-126, 1971, pp. 139-197.

Vives, Juan Luis, *El arte retórica. De ratione dicendi*, Barcelona, Anthropos, 1998.

